



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

EDUCACION É INSTRUCCION.

La enseñanza de la Historia sagrada hace á la mujer cristiana; la de la Historia profana la hace ilustrada.

No queremos en la mujer la instruccion escolástica que en el hombre, sino esa instruccion que sin ser superficial, la pone en estado de apreciar las elocuentes lecciones que dá la Historia, ese espejo de los tiempos pasados.

En todos los siglos y en todas las naciones, ha habido períodos en que una mujer ha decidido de la suerte de un Estado; y la historia de todos los pueblos consigna en brillantes páginas femeniles hechos heróicos.

Pasemos una revista, si quier sea ligera, á la Historia universal del género humano, ocupándonos únicamente de los acontecimientos en que la mujer ha influido, de los dias de gloria que ésta ha dado á la nacion. Tarea ímproba; pero que no nos ar-

redra en obsequio á nuestro propósito.

El ejemplo es el mejor estímulo para la enseñanza; vamos, pues, á aducirlos, para elevar el alma de la mujer, inflamar de noble orgullo su corazon, y escitar su voluntad á aumentar su instruccion. La actual sociedad la exige. Hoy que constituye parte de la vida esa mútua comunicacion de las ideas, hoy que la sociabilidad es un elemento de existencia, ese círculo íntimo las mas veces, que exijiendo siempre ilustracion, no puede, no debe presentarse en él la mujer desnuda de esa especie de brillo de conocimientos que la enaltece, y es una evidente garantía de su buena educacion.

Sin la mujer hubiera sido imperfecta la obra de la Creacion. No diremos viniera al mundo para adornarle; pero sí que vino para censervarle. Contribuyendo á la perpetuidad de la especie humana, dirige nuestro carácter y forma nuestras costumbres. La severidad de las de Esparta debióse en gran parte á las mujeres,

que inculcado en su corazón el santo amor de la patria educaban á sus hijos en tales principios.

—Vosotras sois las únicas mujeres que mandais á los hombres, les dijo una extranjera.

—Es que, contestó una espartana, somos también las únicas que damos hombres á la luz del mundo.

Al oír otra que su hijo había sido muerto exclamó:

—Ya sabía yo que no lo había engendrado inmortal.

Entre sus costumbres, había una, en que, cuando partían sus hijos á la guerra, les presentaban el escudo diciéndoles:

—Vuelve con él, ó encima.

Habiendo sabido una madre que huyó su hijo en un combate donde perecieron sus camaradas, salió á su encuentro y le mató, exclamando:

—No corre el Eurotas para los ciervos.

Otra dijo á su hijo:

—Circulan acerca de tí rumores poco favorables; mueran ó mueres.

Dieron parte á otra de que su hijo se obstinaba en defender un puesto sumamente peligroso, y contestó:

—Si sucumbe, que pongan en su lugar á su hermano.

Una madre vuela al encuentro de un correo, y le pregunta:

—¿Qué noticias traes?

—Vuestros cinco hijos han muerto.

—No es eso lo que te pregunto.

—¿Es la victoria de Esparta?

—Sí.

—Entonces, corramos á dar gracias á los dioses.

Virtud fiera indudablemente; pero la exijan así las costumbres, la organización política del país. Si en lugar de aquel amor heroico por la gloria de las armas, por el desprecio de la vida, le hubieran tenido por la paz, por las ciencias, por las artes, por la industria, ¿qué no hubieran conseguido aquellas madres? Se propusieron hacer un pueblo de héroes, y lo fueron sus hijos hasta sucumbir. Véase la influencia de la mujer en la sociedad.

La primera educación decide generalmente de nuestra suerte, y esta primera educación la recibimos de la mujer, porque de ella debemos recibirla. Con su pecho alimenta nuestro cuerpo; con su talento nuestro espíritu.

La naturaleza la ha prodigado las necesarias dotes para enseñar la primera educación. La ha dado una inteligencia esquisita, una penetración incomparable, una paciencia sin límites y un amor de madre. ¿Quién que no sea la mujer puede vanagloriarse de reunir estas naturales dotes, indispensables para la educación de un tierno infante? Ni nadie la puede reemplazar en tan sagrado derecho, ni nadie ha tratado de usurparsele; pues aunque la república de Platón tendía á amortiguar en la mujer el amor de madre, haciendo co-

mun la educacion de los niños, la encomendaba á la mujer, porque es tan inseparable la madre de sus hijos, como lo es la tierra de las plantas que alimenta.

¿Qué sería el hombre sin la mujer? Lo que un jardin sin flores: ella engalana nuestra existencia, hace dulces las horas mas amargas de la vida, sostiene nuestras mas lisonjeras esperanzas, y nos infunde otro sér con su dulzura, con su cariño. Sin la mujer, exclamaba Chateaubriand, sería el hombre áspero, solitario, é ignoraria la gracia que solo consiste en la sonrisa del amor. La mujer suspende enderredor de sí las flores de la vida como aquellas lianas de los bosques que ornan el tronco de las encinas con sus afortunadas guirnaldas.

Sabida es la fundacion de Roma: su fundador, criado por una loba, creció con instintos feroces y guerreros, formó un pueblo de hombres, y conociendo en breve que no se bastaban á sí mismos, roban á las Sabinas, que aparecen primero como prisioneras, pasan luego á ser mediadoras, van aumentando su ascendiente, y no se tarda mucho en ver á la mujer ocupando los primeros puestos de la república.

Sus cadenas se transforman en guirnaldas: en templos sus lóbregas estancias. Las vestales, las sacerdotisas, eran respetadas. Vemos entonces que en Roma se cedia á la mu-

jer el paso en las calles; no podia decirse ni aun una palabra indecorosa en su presencia; ni podia ser citada ante los jueces que dictaban sentencia de muerte.

Roma debió á esta época una de las mas bellas páginas de su historia á una mujer, á la esclava Ocrisia, que dió á luz y preparó la educacion de Servio Tulio, cuyo benéfico y paternal reinado engrandeció á su patria. Tarquino asesina á Servio Tulio: el hijo de aquel criminal monarca roba la castidad de Lucrecia, y ésta prefiere la muerte á vivir deshonrada, cuando se erigian altares á la virtud.

El pueblo romano, tan noble entonces, como decidido campeón de la mujer, toma por suyo el ultraje hecho á Lucrecia, cayendo como un rayo destructor sobre sus señores y acabó con ellos. Destruyó el Trono, y colocó en el mando al mismo esposo de la infortunada Lucrecia, como premio concedido á la memoria de la heroína, cuyo nombre se pronuncia aun con veneracion y respeto.

La jóven Virginia, Veturia, Cornelia y otras muchas, que sería prolijo enumerar, son palpables modelos de virtud, de talento y de valor; y respecto á su juicio, á su discrecion y prudencia, ¿qué mayor ejemplo que aquel tratado entre los cartagineses y los galos, por el cual sometian sus diferencias á la decision de las mujeres?

Los Eleos creyéndose ultrajados por los Pisanos, y habiendo pedido en vano satisfaccion al tirano de Pisa, convinieron con los habitantes de esta ciudad en dejar la decision á diez y seis mujeres nombradas por cada una de las diez y seis ciudades. El éxito no pudo ser mas plausible: de sus resultas se estableció un colegio especial de mujeres para presidir los juegos Eleos y adjudicar el premio al mas digno.

No era sin embargo tratada así la mujer en todas partes: en general estaba esclavizada. Pero de esta situacion la sacó Jesucristo, como ya hemos dicho en uno de nuestros últimos artículos.

Con el cristianismo empezó una nueva época para la mujer, y en ella la seguiremos.

A. PIRALA.

LITERATURA.

EL VALLE.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

Perdida la esperanza, mi corazon ardiente
No hará ya mas preguntas al ciego porvenir,
¡Oh! valles de mi infancia, prestadme solamente
Un asilo dó pueda la muerte recibir.

Hé aquí por fin la senda del valle solitario
Denso bosque desciende de la colina al pié,
Cuya sombra me envuelve cual fúnebre sudario
Llenando el alma mia de misteriosa fé.

Dos arroyos serpean, bajo fragosos puentes
Logrando de este valle las formas describir;
Un instante confunden su arrullo y sus corrientes
Perdiéndose sin nombre de la cuna al salir.

Como esas dulces aguas la fuente de mi vida
Sin nombre y sin escollos pasó y no tornará;
Mas sus ondas son puras, y mi alma oscurecida
Al sol de la ventura jamás reflejará.

Este frondoso lecho de sombra revestido
Al borde de este arroyo encadena mi sér,
Y el alma como un niño, por sus ondas mecido
Al monotono arrullo se deja adormecer.

Aquí, solo y cercado de un muro de verdura
Fijar quiero mis pasos y en soledad vivir,
No ver mas que los cielos al contemplar la altura
Ni mas que de las ondas el choque percibir.

Tranquila está mi alma ; del mundanal ruido
Un eco logra apenas llegar y perecer,
Como un lejano trueno que en el éter perdido
Apenas el oido nos logra conmovér.

¡ Oh ! cálmate, alma mia, que al fin de la jornada
Tambien el peregrino dá calma al corazon ,
Y al llegar á las puertas de la ciudad sagrada
Respira ya tranquilo la brisa del Sion.

Tus días se deslizan cual del monte descende
Opaca y triste sombra del sol al trasponer,
Tus amores te olvidan y la amistad te vende
Y solitaria cruzas la senda del no sér.

La creacion es sola quien te convida y ama ,
Arrojate en sus brazos que nunca te esquivó ;
Todo á tu lado cambia sino ella que aun te llama
El mismo sol mostrando que siempre te mostró.

Y pues de luz y sombra me encuentro ya cercado,
Hasta el recuerdo dejo, del falso bien perder ;
Pitágoras al eco se siente prosternado
Con él escucho el coro del celestial poder.

Y admiro en el espacio del sol los resplandores.
Y la indomable saña del fiero vendabal,
Y en la frondosa vega, las tintas de las flores
Y el rayo misterioso del astro virginal.

El mismo que á los hombres dotó de inteligencia,
De su poder la prueba, dejó en la creacion ;
Un latido secreto pregoná su existencia ;
¿ Y quién este latido no oyó en su corazon ?

JUAN PATRICIO CUESTA.

Infesto y setiembre de 1849.

LAS TRES LIMOSNAS.

Fracmento de una Historia.

(CONTINUACION.)

Aquí la circunspeccion abandonó al cala-
bera de Carlos, poco acostumbrado á la vida

ascética ; y soltando una carcajada , me confesó que, hacia poco tiempo, uno de sus amigos le habia presentado en casa de la señora de Aguilar una noche en que se dió un brillante concierto; que estando allí se acordó de mi aventura; vió á Teresa, que reunia efectivamente las perfecciones que yo ya sabia,



y además descubrió una que yo ignoraba, y era, la de que llevaba en dote diez mil duros de renta. Desde aquel instante Carlos se había sentido fuertemente impulsado á labrar la felicidad de esta jóven; y como buen cortesano, y no menos político, dirigia sus atenciones á la abuela para conquistar la nieta; en su consecuencia, juzgó un deber interesarse *en alto grado* por su protegida Josefa.

Debo advertir, que mi amigo Carlos, aunque algo atolondrado, es un buen muchacho, muy galante, y como suele decirse, *un pobre diablo*; no tiene mas que una manía, y era la de quererse casar á todo trance con una jóven rica, aunque él no tenga un real, ó mejor dicho, porque no lo tiene: así es que trató de preparar el terreno visitando á menudo á la viuda Lafont; quién sabe, decía, si algun dia la casualidad me hará encontrarme con Teresa en la boardilla, objeto de sus cuidados! Entonces se figuraba ver ya en perspectiva al extremo de la calle de Preciados su coche, sus lacayos, y quizá hasta su casa de campo. ¡Oh dulce ilusión! Entretanto, me repetía, hagamos algun bien y el dará su resultado.

Yo le escuchaba riendo; pero no le dije lo que pensaba, y me despedí dejándole con su esperanza: Teresa era para mí una mujer tan superior y respetable, que no creía á ninguno de los dos digno de ella.

Una noche, poco despues de este encuentro, me presenté en casa de la señora de Aguilar, adonde fui recibido con la acostumbrada amabilidad. Estaba sola, y su semblante revelaba una grande tristeza. Naturalmente la conversacion recayó sobre nuestros protegidos; y supe, con sentimiento, que el niño tenia á su madre, pobre y honrada mujer, en el mayor desconsuelo, pues fingiendo ir á la escuela, se ponía á mendigar por Madrid, sin llevar á su madre el dinero que recogía: interrumpió la conversacion un criado, que anunció á mi amigo Carlos.

Este saludó con la petulancia propia de un hombre cuya fortuna está asegurada: ve-

nía elegantemente vestido, sin faltarle el indispensable guante blanco; en una palabra, reunia todas las cualidades que se pueden exigir de un aspirante al sagrado vínculo del matrimonio, pues no era aun otra cosa. En obsequio suyo se refirió una parte de la historia de Baldomero.

—Ya sé, dijo la señora de Aguilar, cuando acabó, que habeis tenido la bondad de interesaros por ese niño, que os ha engañado como á mí; pero yo nunca me arrepiento de haber hecho limesnas, pues jamás doy á un pobre sin que sea por el amor de Dios. Creedme, el bien que habeis hecho no es perdido: ¿quién sabe si recibireis la recompensa aun en esta vida?

(Se concluirá.)

REVISTA DE MADRID.

Modas.

Por fin han llegado los solemnes dias de Longchamps, y en sus paseos ha ostentado la capital de Francia toda la gracia y lozanía de las modas de primavera.

Son tantas y tan variadas las novedades que allí han brillado, que nos parece lo mas acertado, amables lectoras, referirnos al lindo figurin que acompaña á este número, porque nos seria imposible enumerar uno por uno los trajes de sifide, de bayadera, de mandarina, de albanesa y otros mil que con el buen gusto de su córte y adornos concurrían á sostener la iniciativa que la Moda parisiense pretende imponer, como de derecho, por ley y norma á las modas europeas.

Pero hé aquí que las celebridades del buen tono y elegancia madrileña, protestando contra esta exigencia, han acudido á sostener el pabellon español, haciendo gala de lucir el traje mas nacional, en el mas popular de nuestros espectáculos.

En la primera funcion de toros de la tem-

porada, que sea dicho de paso, se inauguró bajo los mejores auspicios; algunas bellas, de tipo verdaderamente español, al presentarse en los palcos, fueron saludadas por los espectadores con las demostraciones de espontánea alegría, que infunde siempre el redondel, aunque del mejor tono. Qué mucho si lucían con la inimitable gracia del país, airosos vestidos de maja del gusto más esquisito.

Entre aquellos trajes, todos vistosos, todos ricos, todos deslumbradores, llamaba la atención uno blanco con adornos de coral, otro color de cereza con azabaches, varios azules, verdes y rosas con sus adherentes correspondientes, y en todos se ostentaba la mantilla de fondo estrecho y ancho terciopelo. No faltaba alguna chaquetita de terciopelo negro, con hombreras y golpes de botoncitos de oro ó plata, tan cortita, tan graciosa, que dejaba lucir un delgado talle, cayendo á las mil maravillas sobre aquel traje encantador.

En la corrida última las mismas señoras y algunas otras, vestían lujosas faldas de seda adornadas de ricos volantes de blonda negra, todas ellas con airosos corpiños, mantilla española, completando el efecto seductor de este traje altas peinetas y vistosas moñas de cintas de colores.

Blancas y aristocráticas manos, participando de la animación general, aplaudían á Cúchares y al Chiclanero con pañuelos de finísima batista ricamente bordados, en cuyo artículo hay un lujo oriental. Flotaban en el aire el pañuelo *Camelia*, el pañuelo *Médicis*, el pañuelo á la *antigua*, y otros muchos, entre cuyos nombres, á nuestro parecer, faltaban, como propios del lugar, el pañuelo á lo *Montes* y el pañuelo á la *Vargas*.

En suma, según vemos pronunciarse el gusto hácia el traje español, creemos que este verano habrá una revolución en la moda, y volverán á estar en favor las mantillas guarnecidas.

No hay que asustarse, sin embargo, ama-

bles lectoras. Con esta transición no vienen, por ahora, los vestidos á media pierna, ni el talle alto, ni el escaso vuelo: el buen gusto sabe conciliar la originalidad nacional con la gracia de las modas del día, y esta reunión bien combinada contribuye á formar un todo de novedad y elegancia.

Pero en España hasta la coquetería, si nos es lícito usar de esta palabra, tiene un sello particular de apego á nuestras antiguas tradiciones. La misma variedad de la Moda sirve á reproducir de cuando en cuando nuestro airoso traje nacional, único capaz de hacer lucir las gracias que tanto nos envidian las extranjeras.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Vestido de tafetan lila; la falda enteramente lisa, con su casaquita guarnecida de cinta. Chaleco de moiré blanco, cerrado con dos carreras de botones dorados, de cabeza de turco. Manteleta, á lo Montespan, de tafetan del mismo color que el vestido. Esta manteleta se compone de ocho órdenes de follados, redondeados ligeramente en punta en medio de la espalda, y separados unos de otros por agremanes de pasamanería. Dos anchos volantes de tafetan ricamente bordados guarnecen esta manteleta de una elegancia esmerada. Capota de gasa y tafetan, color de paja: anchos follados de crespon liso, cogidos de trecho en trecho por cintas de pasamanería adornan el ala. La copa tiene un gran lazo, y al lado hay otros dos más pequeños, y en el interior del ala mariposas de todos colores, entre ramos de amapolas encarnadas.

FIG. 2.^a Vestido de tafetan color de moda; cuerpo alto adornado de estrellas de pasamanería y de tafetan. Mangas cuadradas, guarnecidas también de estrellas, y las interiores huecas, de muselina bordada. Capita á lo Scuderi, de tafetan verde esmeralda, con mangas figuradas por una doble vuelta, que

forma una especie de pelerina. Este delicioso y ligero abrigo tiene adornos de cinta de pasamanería, ó terciopelos, y un fleco ancho. Sombrero de crespon liso, verde, adornado de terciopelitos negros en forma de grecas, con blondas interpoladas en estas ondas. En el interior del ala ramos de lilas, perdidos entre la blonda.

Traje de niña. Vestido de tafetan, color de rosa: cuerpo con vueltas muy abiertas, que forman las aldetas: la abertura del cuerpo esta sujeta con abrazaderas de pasamanería: camiseta plegada de muselina. Mangas cortas, y las blancas de muselina rizadas. Pantalón bordado. Botitas de tafílete. Capota de tafetan blanco adornada de dos guirnaldas de cinta, una alrededor del ala, y la otra encima de la copa.

Crónica de Teatros.

Muy breve será la reseña que de la apertura de teatros, después de Cuaresma, daremos á nuestras lectoras.

La comedia de *Un inglés y un vizcaíno*, puesta en escena en el Príncipe, para el beneficio de la señora Lamadrid (doña Bárbara), mereció algun aplauso, merced á su buena ejecucion, que hizo menos pesada la languidez de su accion. Encerrada esta en un acto, en lugar de los tres que tiene, excitaria mayor interés. La otra piececita titulada *Batalla de amor*, pasó regularmente. Esta funcion, sin embargo, ha atraido bastante concurrencia, y á fuer de aficionados antiguos de este teatro, no podemos menos de confesar, que en una noche *de lleno* gozamos en él, pues ningun otro reúne en tanto grado, la esmerada ejecucion, á la hermosura del local y comodidad de los asientos.

En el *Drama* se ha dado con buen éxito el drama nuevo de D. Francisco Campoamor, titulado *Espinas de una flor*, segunda parte de *La flor de un dia*; habiéndolo tenido bri-

llante la comedia representada en el beneficio del señor Osorio (D. Manuel), en tres actos y en verso titulada *Una leccion de corte*, original de D. Federico Muntadas, que fué llamado á la escena.

El *Circo* estrenó la zarzuela en un acto arreglada á nuestra escena por el señor Oloña, titulada: *Buenas noches, Sr. D. Simon*. Este chistoso juguete fué desempeñado por todos los que en él tomaron parte con el mayor acierto; es la zarzuela mas ingeniosa que hemos visto, y puede asegurarse que ninguna ha hecho reir tanto al público. Caltañazor estuvo felicísimo, y cantó con una afinacion especial; es la funcion que mas llama la atencion, y no dudamos en recomendarla á los que quieran pasar un buen rato.

E. DE T.

Solucion á la Charada inserta en el n.º 8.

De cuatro bardos los ilustres nombres
dices, cantor, encierra tu charada;
te diré cuáles son, y no te asombre
si por desgracia está mal descifrada.

Ila fué el vate que nació en el suelo
que el claro Bétis plácido fecunda,
donde es tan bello y transparente el cielo,
donde de Dios la gracia tanto abunda.

Larrá fué el que nació y cortó su vida
en la ruidosa capital Ibera;
por muchos su desgracia fué sentida;
grande su gloria, cual su número era.

Iza fué aquel cantor que haciendo alarde
de falsa dicha y de placer mentido,
de Carnaval en una hermosa tarde
buscó el eterno sueño del olvido.

Narraza tambien con arrogancia
halló el sepulcro en la vecina Francia.

MANUEL CONDE.

Imprenta de M. CAMPO-REDONDO Y AGUIAR.
Huertas, 42.